

LA RUTINA

Se levanta, como todas las mañanas, a las 6:30am. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Todos los días desde ni se acuerda cuándo, nunca ha fallado a la hora de levantarse. Bueno, ni en eso ni en absolutamente nada que forme parte de su estricta rutina.

Se afeita, se ducha, desayuna las mismas tostadas de siempre, con la misma mermelada. Se viste con el traje de los martes, el gris oscuro y se pone un sombrero tras acicalarse el abundante y lacio pelo, también gris. Sale por la puerta de su casa a las 7:30, como siempre. Da su paseo por las calles de siempre y acaba en el parque de siempre, en el banco de siempre. Tras media hora de meditación, se levanta y se encamina a su destino de todos los martes a esa hora. La puerta del establecimiento chirría al abrirse, lo que convierte en innecesaria la campanilla que tiene para avisar de la entrada de los clientes. Se dirige al mostrador, pero Don Ramón no se encuentra allí. Es extraño, porque el dueño conoce perfectamente su horario y nunca falla a él. Se adentra entre los pasillos estrechos de la antigua librería. Los carteles con las temáticas de los libros están ya parduzcos debido al paso de los años y también los tomos. Sin embargo, ese olor mezcla de polvo, conocimiento, vejez y sabiduría le dan el encanto justo.

Llega hasta las profundidades no muy profundas de la librería y observa el sillón de terciopelo rojo oscuro, con zonas deshilachadas y descoloridas, frente a la chimenea apagada. De espaldas a él. Al lado, una mesita redonda de madera también rojiza, tal vez de caoba. Hay alguien sentado, no puede ver

quién, pero sí observa una mano que cuelga de un lado del asiento. Don Ramón se habrá quedado dormido.

Da la vuelta alrededor del sillón y contempla el cuerpo inerte de Don Ramón. Su piel curtida por el sol tras años trabajando en el campo. Es grande y fuerte, y sin embargo parece muy pequeño. Tiene los ojos abiertos, la mirada perdida y el pelo, blanco como la nieve virgen, le dan el toque justo de inocencia a la escena. Está muerto. Él observa su cuerpo como quien observa un cuadro abstracto sin tener ni idea de arte. No entiende nada. De repente, se da cuenta de la pincelada que le faltaba al cuadro para poder comprenderlo. La mano que cuelga del sillón agarra sin fuerza un bote casi vacío de pastillas. No ha muerto, se ha matado. Sin embargo, él entiende la imagen, pero no su significado. Por qué haría Don Ramón una cosa semejante. No le conocía mucho pero no parecía tan infeliz. Coge su teléfono (de botones) y llama a la ambulancia. Sale de la librería y lo único que ocupa su mente es: “¿qué voy a hacer yo el próximo martes a las 8:30? ¿adónde voy a ir?”

Y con este único pensamiento, camina por las calles de vuelta a su casa y a su, ahora quebrada, rutina.

Modalidad: Literaria/Narrativa

Síncopa

Categoría: Bachillerato